

“LOS EJERCITOS... MAS ALLA DEL GOLPE”
Tanques frente a Constitución

Colectivo Democracia*, Planeta (Colección Documento) Barcelona, 1981.

El “Colectivo Democracia” se formó apresuradamente para publicar esta obra pocos días después de la tentativa del golpe de Estado del 23 de Febrero de 1981. Estaba integrado por periodistas que redactaron sus textos en un acto de clara defensa de la Constitución de 1978. El Colectivo Democracia estaba constituido por los siguientes nombres, por orden de aparición en el libro:

Pedro Calvo Hernando, Fernando Miranda, Enrique Montánchez, Manuel Soriano, Antxon Sarasqueta, José Luis Gutiérrez, Salvador Barber, Pilar Urbano, Abel Hernández, Fernando Onega, Lorenzo Contreras, Pedro Altares, César Menéndez Roces, Pedro J. Ramírez y Eduardo Sotillos.

En este resumen se recoge el capítulo firmado por José Luis Gutiérrez, sobre la intervención en los históricos acontecimientos de la legendaria División Acorazada Brunete número 1 (precisamente, en una de sus unidades, el autor había cumplido años antes el servicio militar obligatorio).

TEXTOS DE ESTA OBRA RECOGIDOS EN ESTE RESUMEN:

CAPITULO IV. 2. «OPERACIÓN DIANA»
(*El 23-F, en la División Acorazada Brúñete número 1*)
JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ *

«OPERACIÓN DIANA»

(El 23-F, en la División Acorazada Brúñete número 1)

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ *

Todo había terminado. Ya el humo de la pólvora se había desvanecido, y ni siquiera su aroma impregnaba los terciopelos del palacio del Congreso de los Diputados. Las unidades habían recuperado su tranquilidad, tras las tensas horas del 23-F y la normalidad había regresado a los cuarteles.

Todo era tan normal, que, por ejemplo, aquel día de marzo, en la Academia Especial Militar, en la que reciben cursillos los suboficiales, con sede en Villaverde, el teniente coronel jefe del Servicio Interior, Rafael Martínez Leonis, firmaba la orden 8685 con el servicio de aquella jornada -pasados ya los sobresaltos del 23-F- y los correspondientes menús, idénticos para los alumnos y la tropa, como debe ser, de acuerdo con los esquemas de morigeración, frugalidad y compañerismo que caracterizan a la gran familia militar: Desayuno: café con leche, galletas, mantequilla, chocolatina y panecillo; primera comida, entremeses variados, estofado de patatas con pollo, par de huevos en salsa castellana, vino, gaseosa y fruta de postre. La segunda comida (cena) estaba compuesta de puré de patatas con picatostes, hamburguesas a la romana con pimientos, vino, fruta y vaso de leche. La tradición del día -breve mensaje que se incluye al comienzo de las órdenes, y que se lee a los soldados en la retreta- decía aquel escueto atardecer de marzo: «Cruzada nacional. El mal tiempo, la ventaja de la fortificación y la densidad de los efectivos rojos, no pudieron detener el empuje de las Divisiones Nacionales, que el 22 de marzo de 1938 rompían el frente de Aragón al norte del Ebro, en un avance combinado con otro que le precedía al sur de dicho río, iniciando así la gran ofensiva entre el Pirineo y el Valle del Ebro.»

Todo, pues, era normal. Aunque persistieran algunos factores de «anormalidad» como eran el procesamiento de dos antiguos jefes de la División Acorazada Brúñete -el teniente general Milans del Bosch y el general Torres Rojas- y los de un coronel, un comandante y cuatro capitanes de la citada división. Concretamente el coronel San Martín López, jefe de Estado Mayor de la División Acorazada -a quien el «video» del autor descubrió vestido de uniforme y con la inconfundible boina negra de tanquista, en las inmediaciones del hotel Palace, en la noche del 23-F. Había acudido al escenario de los hechos en un automóvil, para después desaparecer en el vehículo-. Tras su arresto y procesamiento, San Martín, instalado en la Academia de Artillería (Fuencarral), se mueve con soltura por la residencia y el bar de oficiales del regimiento, vestido con el traje de gala y luciendo todas sus condecoraciones prendidas en el pecho, acude devotamente todos los días a misa, y modera sensatamente las iras golpistas de cierto teniente coronel.¹

Quizás sea difícil encontrar un logotipo, un testimonio iconográfico que represente la guerra en los tiempos modernos con mayor eficacia plástica que la silueta de un blindado. El tanque es el símbolo genuino e inconfundible del guerrero del siglo XX y su poderío de mortífera herramienta afecta también a sus tripulaciones que se consideran un poco como tropas de élite dentro de los ejércitos.

Y, sin embargo, la figura del carro tiene una segunda significación icónica que queda sobradamente explicitada en la expresión «sacar los tanques a la calle». Efectivamente, el blindado es siempre la herramienta imprescindible en todos los golpes de Estado, como incontestable elemento de disuasión psicológica tal como se pudo ver en la noche del 23-F en Valencia, donde los carros de combate se pasearon por las calles de la ciudad, si bien lo hicieron de forma tan civilizada, que incluso respetaban los semáforos- y se detenían disciplinadamente cuando uno de ellos aparecía en rojo- sembrando el miedo entre sus habitantes. Nada importa en estos casos que el blindado resulte en ciudad un arma escasamente operativa ante fuerzas de resistencia organizada, fáciles de detener e inutilizar con barricadas sucesivas en callejuelas estrechas. El fragor de sus cadenas y motores, sus torretas erizadas de cañones y ametralladoras son de un incontenible efecto disuasorio. Y la División Acorazada Bruñete número 1 (DAC), la más poderosa de España, cuenta con más de doscientos de estos «animalitos». Su emblema, en forma de escudo, es la silueta de un blindado, sobre fondo rojo, flanqueada por las letras «D» y «A». Creada en 1965 como unidad de intervención inmediata, sus regimientos rodean estratégicamente la capital de España. Compuesta de dos brigadas, mandadas a su vez por los correspondientes generales, la Mecanizada XI con sede en Campamento y la Acorazada XII, en El Goloso, cuenta también con un núcleo de tropas divisionarias compuesto de cinco regimientos y el correspondiente cuartel general. La Brigada Mecanizada XI agrupa el Regimiento Saboya 6, compuesto a su vez de dos batallones; el Regimiento mecanizado Wad-Ras 55, con un batallón de carros y otro de TOAS (Transporte Oruga Acorazado); el grupo XI de Artillería autopropulsada; el Batallón Mixto de Ingenieros - transmisiones y zapadores- y el grupo logístico. Por su parte, la Brigada Acorazada XII encuadra al Regimiento Alcázar de Toledo 61, con dos batallones de carros; el Regimiento Asturias 31, con un batallón mecanizado; el Grupo de Artillería Autopropulsada XII; un batallón mixto de Ingenieros y un grupo logístico. Finalmente, en las tropas divisionarias están los Regimientos RECLAC, de Caballería Ligera Acorazada Villaviciosa 14, con sede en Retamares; el Regimiento de Artillería de Campaña 11, con sede en Vicálvaro; el Grupo de Artillería Antiaérea Ligera, también en Vicálvaro; el Regimiento de Ingenieros número 1, en Campamento y la Agrupación Logística de la División, en Retamares.

Ésta es en esquema la DAC que tan crucial intervención tuviera en la intentona del 23-F, con sus dos armas principales, los carros de combate AMX-30 y los TOAS, capaces de alcanzar los puntos neurálgicos de Madrid en pocos minutos desde sus unidades de origen. En el régimen anterior, el general Franco conocía muy bien la capacidad operativa de la DAC por lo que siempre escogía con exquisito cuidado a los jefes, a los que entregaba el mando de la División.

Aquella mañana...

En los cuarteles de la División Acorazada, aquella mañana del 23 de febrero se había vivido con especial intensidad. Los carros AMX-30 reposaban en los regimientos, dispuestos para cualquier misión. El AMX-30 es un tanque de patente francesa aunque se fabrica en España. Sus 32 toneladas y media de peso se desplazan a una velocidad máxima de 65 kilómetros por hora, con una autonomía tan dilatada que alcanza los 500 kilómetros. Es un carro poli-carburante, es decir, que puede usar diferentes combustibles -gasolina, gasóleo o keroseno-, pero normalmente se carbura con gasóleo. Tripulado por cuatro nombres -el jefe de carro, un tirador, un cargador y el conductor- dispone de un armamento compuesto por un cañón de 105 mm, una ametralladora de 12,70 mm y otra de 7,62 mm. Cuenta con un dispositivo de rayos infrarrojos que permite disparos de precisión nocturnos a más de un kilómetro y su precio aproximado es de 22 millones de pesetas. Los AMX-30 de la DAC, aquella mañana estaban carburados y listos, situación normal y habitual en las unidades de la DAC. Lo que ya no era tan normal es que estuvieran municionados.

Aquella mañana del 23, en el mercado del barrio madrileño de Aluche -en la zona de Campamento, muy próxima a diversos cuarteles de la DAC- se sabía que en el regimiento Villaviciosa 14 se estaban municionando, lo cual provocaba la natural extrañeza en los soldados que deambulaban por las tiendas de la zona.

En el Regimiento mecanizado Wad-Ras 55, el batallón de TOAS estaban, asimismo, carburados y municionados, listos para salir. Los TOAS son los M-113 americanos, vehículos anfibios para el transporte de tropas, armados con ametralladora. Está construido en aluminio para aligerar su peso, y puede ser trasladado en avión y lanzado en paracaídas.

Asimismo, en el regimiento motorizado Saboya número 6, días antes, el veinte concretamente, el coronel García Escámez había tenido una reunión con otros mandos entre los que estaban el teniente coronel Zamalloa y el capitán Enrique Várela, este último perteneciente a otra unidad.

Paralelamente, algunos oficiales considerados como demócratas en los medios de la División fueron discretamente desplazados de sus puestos. Así, uno de ellos, el capitán Batista González, con destino en el Estado Mayor de la División, al mando del coronel San Martín, fue enviado con una misión absurda, a la «Bola del Mundo» -cima situada en plena sierra madrileña- acompañado de una patrulla.

Torres Rojas

Aquel 23-F, el general Torres Rojas, 61 años, gobernador militar de La Coruña, había tomado el avión desde la capital gallega con destino a Madrid, concretamente el vuelo Iberia-754, para solucionar asuntos personales, y debidamente autorizado por el capitán general de la VIII Región, el teniente general Fernández Posse. En el avión coincidiría con algunos diputados gallegos que comentaban la sesión de investidura del presidente Calvo Sotelo. El general Torres Rojas es un hombre curioso. De grandes cualidades humanas, con fama entre sus subordinados de persona sin dobleces, que siempre da la cara, su carrera se

había desarrollado prácticamente íntegra en el seno de la BRIPAC la Brigada Paracaidista con sede en Alcalá de Henares, desde que era capitán hasta que ascendió a general. Mandó primeramente una bandera, fue posteriormente su segundo jefe y finalmente el general jefe de la brigada. Muy querido por todos sus oficiales, pasaba no obstante entre algunos de ellos por ser persona de cierto iluminado patriotismo.

A mediados del año 1979, el 1 de junio, fue nombrado jefe de la División Acorazada Brúñete, donde desempeñó una notable labor. A pesar de no tener el prestigio casi mítico de uno de sus antecesores en el cargo, el general Milans del Bosch, uno de los oficiales de la Brúñete señalaría que «Torres Rojas hizo funcionar la división como un reloj».

El 24 de enero de 1980, el general Torres Rojas era fulminantemente cesado en el mando de la Acorazada y pasó a ocupar el puesto, de relevancia notoriamente inferior, de gobernador militar de La Coruña. Con el cese de Torres Rojas se produjo una curiosa excepción: era el primer caso de un general jefe de la Acorazada que tras abandonar la División no era propuesto para el cargo de capitán general de una Región Militar como había sucedido con todos sus antecesores, con las excepciones del general Monge, nombrado subsecretario del Ministerio del Ejército, y el general Crespo, que pasó a la situación B por razones de edad.

En su despacho de la división, el general Torres Rojas acostumbraba a manifestar a sus jefes y oficiales su disgusto, preocupación y malestar por la situación política de España.

El día siguiente a su cese, el 25 de enero, el periódico madrileño *Diario 16* publicó una historia en su primera página que con-mocionó los círculos militares y políticos de todo el país. Según el citado diario, el cese de Torres Rojas al frente de la acorazada se produjo como consecuencia del fracaso de una intentona militar que pretendía instalar en la presidencia del Gobierno a un general de gran prestigio, ya retirado, el teniente general Vega Rodríguez, y tal intentona se producía tras el fulminante que supuso el asesinato, a manos de ETA, del comandante Jesús Velasco Zuazola, jefe de los Miñones, la Policía Foral de Álava, el 10 de enero de 1980. El diario relataba asimismo ciertos incidentes ocurridos en la Brigada Paracaidista, conversaciones entre jefes y oficiales y la detención de algunos de ellos. La información fue durísimamente desmentida por el entonces ministro de Defensa, Rodríguez Sahagún. Asimismo ocasionó el procesamiento del director de *Diario 16*, Miguel Ángel Aguilar por un tribunal militar.² (Aunque en la información colaboraron varios periodistas, Aguilar, como suele ser habitual en estos casos asumió con la prevista elegancia todas las responsabilidades, como director del rotativo.)

Torres Rojas llegaría a Madrid a la hora prevista. Poco después, a las cuatro de la tarde de aquel 23 de febrero, hizo acto de presencia en el cuartel general de la acorazada, su antiguo destino, situado en El Pardo, donde solicitó reunirse con los jefes del cuarto de la división y del Estado Mayor de la misma, según relataría posteriormente el ministro de Defensa, Alberto Oliart, en su informe secreto al pleno del Congreso de los Diputados. La convocatoria se lleva a cabo a través de

una llamada del capitán Tamarit, del Estado Mayor de la división, que transmite la orden de reunión en el Cuartel General Convocatoria que no deja de provocar alguna sorpresa en diversos oficiales de la división.

Simultáneamente, otra orden se cursa a las unidades para que todo el mundo permanezca en su puesto y nadie abandone los cuarteles, al acercarse la hora en que finaliza el trabajo y se acerca el momento del paseo de los soldados. Los oficiales van llegando de sus respectivas unidades y a las cinco de la tarde se encuentran todos los jefes oficiales y mandos de las brigadas Acorazada XII y Mecanizada XI; los jefes de artillería divisionaria, de Regimientos y Grupo Antiaéreo Ligero del núcleo de tropas divisionarias.

La insólita reunión se producía en aún más insólitas circunstancias. El jefe de la división, el general Juste Fernández, que había sido nombrado tras el cese de Torres Rojas, se encontraba, desde las diez de la mañana, camino de Zaragoza a bordo de un automóvil de la división.

Le acompañaba el coronel San Martín, jefe del Estado Mayor de la Acorazada. En el camino se habían detenido en Alcalá de Henares, en el acuartelamiento de la Brigada Paracaidista que celebraba el vigesimoséptimo aniversario de la creación de la primera unidad paracaidista. Allí coincidirán con Gabeiras y el general Armada. Una hora después, sobre las doce del mediodía, el general Juste y sus acompañantes abandonaban la BRIPAC para continuar su viaje a Zaragoza. El viaje a la capital aragonesa se producía con motivo de realizar una inspección al campo de maniobras de San Gregorio, donde tres batallones de carros de combate de la Brúñete, apoyados por un grupo de baterías de artillería autopropulsada, realizaban los planes de instrucción «Beta». Las unidades desplazadas a Zaragoza habían llegado pocos días antes, procedentes de Madrid. Se trataba de dos batallones del Regimiento Alcázar de Toledo 61, y otro del Regimiento Wad-Ras 55 unido al grupo de artillería autopropulsada de la Brigada XII.

A medio camino, el general Juste y sus acompañantes se detienen en el Parador Nacional Santa María de la Huerta. Poco antes de sentarse a la mesa, el jefe del Estado Mayor de la División, coronel San Martín, llamaría a Madrid, al Cuartel General.

La llamada tiene una respuesta desconcertante: el general y los que le acompañan deben de regresar a Madrid, porque algo grave está ocurriendo en la Brúñete. Dos horas y media tardan en volver y a las cinco de la tarde, hora dramática y taurina donde las haya, llegan al cuartel general de El Pardo, y se encuentran con la reunión de jefes y oficiales de la división, con el general Torres Rojas. El coronel San Martín, solicita permiso para tratar un asunto de la máxima importancia con los allí reunidos, y pide la palabra para el comandante Pardo Zancada, jefe de la Segunda Sección del Estado Mayor de la División, sección encargada de las labores de información e inteligencia. El relato de Pardo Zancada se inicia el domingo 22, la víspera de aquel lunes histórico, cuando se entrevista en Valencia con el capitán general de la III Región Militar, general Milans del Bosch, y éste le anuncia que el lunes 23, se va a producir un hecho de extraordinaria gravedad en Madrid, ante el cual no habrá más remedio que actuar para

garantizar el orden y la seguridad de la I Región, y que la III Región que manda Milans se encuentra dispuesta y preparada.

Entre las acciones previstas, anunciadas por Pardo Zancada, está la declaración del Estado de Excepción en el territorio de su jurisdicción. La Acorazada debe prepararse asimismo para cualquier eventualidad. La señal de salida de todo el proceso será un acontecimiento sonado que deberá producirse a partir de las seis de la tarde, y del que darán cuenta la televisión y la radio.

Finalmente, Pardo Zancada señala que todo se hará bajo las órdenes del Rey, para lo cual, el general Armada se encontrará en el palacio de la Zarzuela a partir de las seis de la tarde.

Tal versión es puesta en duda por algunos oficiales, que, a pesar de ello, parten con las órdenes recibidas hacia las distintas unidades, antes de que la radio retransmita las detonaciones en el palacio del Congreso de los Diputados. Se comienza a hablar de la «Operación Diana» pero algunos oficiales comprueban que los objetivos previstos en los sobres de la citada operación, no concuerdan en muchos casos con las órdenes recibidas.

¿Cómo reaccionan los presentes ante las palabras de Pardo Zancada? El general Torres Rojas confirma la veracidad de todas y cada una de las afirmaciones del comandante. Ante la advertencia de algunos oficiales allí reunidos de lo avanzado de la hora -las 5.30 de la tarde- y la proximidad del toque de marcha y paseo de la tropa en las unidades, se les informa que el Estado Mayor de la División ha cursado la orden con anterioridad a todas las unidades para que se suspenda la salida de oficiales y tropa.

El general Juste señala que ha de informarse a Quintana Lacaci, capitán general de la I Región Militar, a lo cual, según los miembros del Estado Mayor de la División, se responde que de tal misión se encarga el general Milans del Bosch.

La extraña «Operación Cuarto Oscuro»

La actitud de Juste Iribarren causaría notoria extrañeza, por ser el jefe de la división. El ministro, posteriormente, en su relato de los hechos al Congreso de los Diputados, señalaría que «ante lo anómalo de la situación, y la exigencia del general Torres Rojas, el general Juste comprende que es preciso ganar tiempo».

Sin embargo, entre algunos oficiales de la división, después de que el golpe del 23-F ha fracasado, comienzan a hablar del general Juste como «El general de la marcha atrás».

Y, sin embargo, los acontecimientos se produjeron de forma un tanto distinta en sus matices, a la versión dada por el ministro. Produce sorpresa y extrañeza, en cualquier mediano conocedor del estamento militar, la actitud de aparente sumisión de Juste, jefe de la división, ante las peticiones del general Torres Rojas y de los miembros del Estado Mayor de la Acorazada, que según el relato del ministro, habían tomado importantes decisiones sin consultar con el jefe de la división.

Y la verdad es que Juste, cuando llega a Madrid y se topa con la reunión de Torres Rojas con todos sus oficiales, advierte que gran parte de la oficialidad «no

está con él». Comienza a temer, entonces, que si adopta una postura de firmeza se produzca lo que después se llamaría la «Operación Cuarto Oscuro». La citada operación hace referencia a un cuarto trastero, situado junto al cuarto de baño que separa los despachos que ocupan el general jefe Juste Iribarren, y el jefe del Estado Mayor de la División, coronel San Martín. Versiones sumamente fiables aseguran que si Juste se hubiera opuesto a las órdenes de Torres Rojas y las de sus hombres del Estado Mayor, San Martín y Pardo Zancada, hubiera sido «anulado» y encerrado -al menos simbólicamente- en el citado trastero.

Decide, en cambio, al percatarse de que no cuenta con el mando efectivo de la división (se han dado numerosas órdenes a las unidades sin contar con él) optar por la prudencia de ganar tiempo. Así, firma la orden de «Alerta-2» de la «Operación Diana, Rectificada», que se pone en marcha. Tras ello, y, una vez a solas, en su despacho, telefonea a la Zarzuela para comprobar si el Rey apoya los planes de Torres Rojas, Milans y San Martín. Pregunta, a las 6.45 de la tarde, por el general Armada que, según Pardo Zancada debería estar en la Zarzuela. Allí, el general Sabino Fernández Campos le responde que Armada no está, y que tampoco se le espera. (En la versión filtrada a la prensa del «informe Oliart» al Congreso de los Diputados, que fue tomado en cinta magnetofónica, este párrafo fue transcrito con un error: «A las 18.45 horas consigue conectar con el general Sabino Fernández Campos, quien le aclara que Armada está en la sala de espera», decía la equivocada versión periodística.) Este «ni está, ni se le espera», puso a Juste en guardia sobre la posible falsedad del apoyo real a los levantados.

Mientras tanto, Gabeiras y Quintana Lacacci, que suponen a Juste en Zaragoza, intentan localizarle allí. Es, sin embargo, Juste el que les llama y Quintana le ordena que mantenga a todas las unidades acuarteladas. Y, posteriormente, que arreste a Torres Rojas. Juste, entonces, habla con Torres Rojas y le ordena volver inmediatamente a La Coruña, orden que Torres Rojas acata. En su regreso en avión aquella noche, el gobernador militar de La Coruña se encontraría con el director del periódico *La Voz de Galicia*, Juan Díaz García.

Cuando Torres Rojas obedece la orden de reintegrarse a su puesto en Galicia, se ha dado ya el primer y principal paso para que la intentona fracase.

El golpe

Estallan, a las 6.25, los disparos de Tejero y sus hombres contra los frescos del techo del palacio del Congreso de los Diputados. A algo más de cuarenta kilómetros de Madrid, hay un pueblecito muy especial que se sobresaleta también de manera especial con los disparos de los rebeldes. Se trata de Brúñete, el pueblo horadado en granito, levantado piedra sobre piedra por los presos republicanos de la guerra civil, que lo reconstruyeron tras haber sido destruido en la legendaria batalla del mismo nombre.

Dos placas levantan lapidaría acta de lo que allí sucedió. «El 18 de julio de 1946, décimo aniversario del glorioso Alzamiento, Francisco Franco, Jefe del Estado y Generalísimo de los ejércitos, inauguró esta plaza mayor construida por la Dirección General de Regiones Devastadas», dice una de ellas. «Esta plaza -indica,

solemne, la otra- perpetúa la gran victoria de la batalla de Brúñete en nuestra gloriosa cruzada de Liberación.» En el cuartelillo de la Guardia Civil, la tropa permaneció acuartelada aquel 23-F y los seis números y el sargento que comanda el puesto, se reunían en la llamada «hora de Academia», en la que los guardias civiles, día a día, reflexionan en comunidad sobre el espíritu y las ordenanzas del cuerpo. Muy cerca de allí, las unidades de la Acorazada reciben la Alerta-2 de la «Operación Diana Rectificada» que se había puesto en marcha, al ser firmada la orden por el propio Juste. El Regimiento motorizado Saboya 6, con sede en Leganés, prepara dos pelotones de fusileros. Uno de ellos tiene como misión ocupar el periódico *Diario 16* y el otro se habrá de dirigir con idénticas intenciones al diario *El País*. También la emisora de Radio Popular es ocupada.

En el Regimiento de Caballería Ligera Acorazada, Villaviciosa 14, con sede en Retamares, los capitanes Merlo y Coriseo prepararon dos unidades, con nueve jeeps, dos blindados y 35 hombres.

Son las 7.48 de la tarde del lunes, 23 y el país está pegado al transistor. Las unidades llegan a RTVE, y un sargento con el uniforme verde claro de campaña, sube hasta el despacho de Fernando Castedo, director general de RTVE, en la primera planta del edificio, en Prado del Rey. «Tengo órdenes de disparar si no se cumplen mis instrucciones. Televisión ha de seguir con su programación normal, pero sin informativos, y para Radio Nacional de España, sólo marchas militares.» Acto seguido, hubo que proporcionarle al sargento un transistor para comprobar si sus órdenes habían sido cumplidas.

Poco antes habían entrado en el patio del edificio los vehículos y la tropa, que pudieron franquear la entrada sin problemas, pues el director general había dado órdenes para que se les dejara paso libre y evitar males mayores. Música militar primero, y ligera después, era lo que se escuchaba por Radio Nacional, mientras en RTVE, las pantallas mostraban el programa «300 millones». Los oficiales que mandaban la tropa hablaron en diversas ocasiones por teléfono. A las nueve y veinte de la noche, las fuerzas de ocupación recibían una llamada telefónica con la orden de retirada. Diez minutos más tarde llegaron las fuerzas especiales, los «GEO» de la Policía Nacional que ocuparon Prado del Rey, pero esta vez en misión claramente protectora.

El día 2 de marzo, en la misma fecha que se anunciaba el procesamiento del general Armada, el ministro de Defensa, acompañado por la Junta de Jefes de Estado Mayor y otros altos oficiales, convocó una cena con algunos directores de periódicos y agencias nacionales. En aquella cena, aparte de algunas tensiones surgidas con motivo de las actuaciones informativas de diferentes medios respecto a los acontecimientos del 23-F, Eduardo Sotillos, director general de Radio Nacional, preguntó si, tal como allí se sostenía los ocupantes de RTVE acudieron allí realmente de acuerdo con lo dispuesto en la «Operación Diana», en misión de exclusiva protección. Los numerosos comentarios surgidos alrededor de la mesa hicieron que la posible respuesta se perdiera entre los murmullos de sobremesa. Y nadie la escuchó.

Realmente, la versión que circulaba en algunos cuarteles de la DAC sobre la ocupación de los puestos clave en los estados mayores por los implicados en el

golpe, tiene muchos puntos de verosimilitud. Porque el Estado Mayor de la Acorazada sería el punto neurálgico de donde partieron todas las órdenes para el movimiento de las unidades. Y de las comunicaciones. Cuando el general Juste quiso detener la salida de las unidades de sus cuarteles utilizando la red de comunicaciones tácticas de la DAC, comprueba que las órdenes no son respetadas. Gabeiras ordena al capitán general de Madrid, Quintana Lacacci, que se ponga en contacto con las unidades, y el capitán general lo hace a través de la red CBH, de comunicación por ondas hertzianas, que no pueden ser intervenidas. Se recuerda en aquellos momentos que, meses atrás, en el Estado Mayor de la Acorazada, se intentaba evitar que el capitán general de Madrid tuviese contacto directo a través del CBH con las brigadas de la DAC.

Porque el golpe del 23-F ha sido la batalla de las comunicaciones. Y no solamente a nivel simbólico, dada la fundamentalísima actuación que las emisoras de radio -la cadena SER principalmente- tuvieron mientras se desarrollaban los dramáticos acontecimientos. Ahí queda aquel comentario de uno de los oficiales de la DAC: «el golpe fracasó por no cortar las antenas de la Zarzuela».

Un alto oficial del Regimiento Mixto de Ingenieros número 1, era el encargado de «anular» durante el golpe al coronel Miguel Iñíguez, oficial muy próximo al teniente general Gutiérrez Mellado, responsable de las Redes Permanentes que controlan todas las comunicaciones militares de España.

Posteriormente, el trípode Gabeiras, Quintana Lacacci y Juste Iribarren se hacen, progresivamente, con la situación. Algunas unidades ya han salido de los cuarteles pero son llamadas nuevamente. No se puede evitar que a la una de la madrugada, el comandante Pardo Zancada y el capitán Álvarez Arenas, al mando de una unidad de la Policía Militar de la DAC, se presenten en el Congreso de los Diputados y se unan a los rebeldes de Tejero, en solidaridad con ellos. Las dos misiones que Quintana envió a lo largo de la noche para que le convencieran en deponer su actitud, no lograron su objetivo.

Golpe ebrio

Aquella noche, los bares de oficiales de las unidades acuarteladas agotaron sus existencias. Un oficial tanquista pronosticaba que si el golpe se hubiera llevado adelante, habría sido un «golpe borracho». Efectivamente, las copas estuvieron presentes en todas las fases de la intentona. Comenzando por el bar del Congreso de los Diputados, donde los guardias civiles, además del bote de los camareros, se llevaron varias botellas de licor en sus estómagos. Al igual que en Zaragoza, donde los oficiales de las unidades de la Acorazada, que estaban de maniobras, visitaron reiteradamente el bar del hotel Don Yo. Y no era para menos. La angustia, la incertidumbre, la excitación y la tensión de las esperas en la noche tienen a veces un estimable alivio en el alcohol.

Así, en uno de los batallones de carros presentes en Zaragoza, se brindó por Tejero.

Pero ¿qué ocurrió en Zaragoza? ¿Qué hacían allí los dos batallones del

Regimiento Alcázar de Toledo 61 y el batallón del Regimiento Wad-Ras 55, con el grupo de Artillería autopropulsada?

Habían llegado pocos días antes, oficialmente para hacer maniobras en el campo de San Gregorio. Y, sin embargo, las autoridades civiles detectaron, aquel día, algo más.

El alcalde de Zaragoza, Ramón Sainz de Baranda -socialista, antiguo capitán jurídico del aire-, cuando Tejero irrumpió en el Congreso, se encontraba a punto de inaugurar la exposición itinerante de la Guerra Civil Española, junto con el director general del Patrimonio Artístico, Javier Tusell. A pesar de los graves sucesos de Madrid, el acto se llevó adelante, aunque todo el mundo estaba con los transistores pegados al oído. El propio gobernador civil Francisco Javier Minondo, acudió a la inauguración.

Desde la mañana del 23, en Zaragoza se había advertido algo inusual. En los Regimientos de Las Navas (Infantería) y Valdes-partera (Caballería) aquella mañana se había dado la orden de que las tropas estuvieran preparadas, con meriendas incluso, y los coches carburados. Asimismo, todos los aviones de transporte Hércules -en Zaragoza está la sede del mando del transporte aéreo- habían partido con dirección a Canarias. La explicación fue que transportaban reclutas que acababan de jurar bandera.

A partir de la intervención de Tejero en el Congreso de los Diputados, todos los mandos de la División Acorazada en Zaragoza, se trasladaron a Capitanía General. Aquella tarde, un oficial telefonaría a su padre: «Papá, es posible que esta noche me maten, pero yo no me sublevo.»

En Capitanía General, los oficiales de Estado Mayor de la Acorazada se mezclaban con los de Estado Mayor de la V Región. A partir de entonces, las autoridades civiles detectaron un claro intento por parte del Estado Mayor de la DAC de controlar la ciudad.

La prudencia y la habilidad del gobernador civil, Minondo, pudieron evitarlo. El representante del Gobierno en Zaragoza aseguró que podía garantizar en todo momento el orden, y envió masivamente todas las fuerzas de Policía Nacional de que disponía, para proteger los edificios públicos.

No puede decirse lo mismo del presidente del ente autonómico aragonés, el centrista Juan Antonio Bolea Foradada, presidente de la Diputación General. Tras ordenar a todos sus subordinados que permanecieran reunidos, él desapareció, no sin antes ponerse a las órdenes de la autoridad militar. Bolea sería forzado indirecta pero fulminantemente, a dimitir de su cargo pocos días más tarde.

Las autoridades civiles aragonesas descubrirían poco después las intenciones que abrigaban algunos miembros del Estado Mayor de la División Acorazada: embarcar los batallones de acorazados hacia el País Vasco y Cataluña, aprovechando que el paso del Ebro más fácil y asequible se encuentra en Zaragoza. Incluso fue dada la orden de embarque de los blindados, aunque sería revocada pocos minutos después.

El posgolpe en la DAC

Los acontecimientos del 23-F, y sus consecuencias y secuelas causaron lógicamente hondo impacto en la división. Días después del golpe, el general Ortiz Calí, jefe de la Brigada Acorazada XII, con sede en El Goloso, comentaría, tras la lectura del informe del teniente general Gabeiras, que los implicados eran «unos patriotas». Ante tales palabras, uno de los capitanes se levantó y abandonó la reunión. Poco después, un coronel de la brigada le diría: «Si no estás de acuerdo con lo que piensan la mayoría de tus compañeros, márchate.» El citado capitán de momento ha pedido dos meses de permiso «por asuntos propios».

Sin embargo, el documento que mejor revela el estado de ánimo, tras el 23-F, en el interior de la División Acorazada son los documentos confidenciales que el lunes, 20 de abril, publicó en exclusiva el periódico madrileño *Diario 16*, con el «estado de opinión y moral en las unidades» (ver Anexo Documental: «Los papeles secretos de la DAC»).

En los citados «documentos», que recogen el estado de opinión en las unidades, tanto antes como después del 23-F, se analiza militarmente el despliegue del día del golpe, se señala que la mayoría disiente del procedimiento y método utilizado, que «el golpe no era necesario, ni acertado, ni oportuno», ya que la «situación de España, aun siendo mala, puede y debe ser resuelta a nivel político, sin recurrir a los militares». Manifiestan asimismo preocupación por la «depuración indiscriminada» y se descalifica globalmente a los medios políticos y gubernamentales.

Con respecto a la llamada «Operación Galaxia», los papeles de la DAC señalan que «ha levantado el ánimo comprobar que, pese a la politización y presiones de la prensa marxista e izquierdista, el tribunal que vio la causa contra el teniente coronel Tejero y el capitán Ynestrillas, se pronunció con justicia y serenidad...» Sobre la actuación de los parlamentarios, señala: «Defraudación ante la calidad de los distintos parlamentarios en cuyas manos está España. Tan sólo han puesto de manifiesto su deseo de propiciar la ruptura de la unidad de la patria, aunque empleen palabras e ideas confusas para pretender ocultar esta certeza y sus coqueteos con la organización terrorista más criminal que jamás haya existido y que para el Ejército tiene en su haber un buen número de víctimas asesinados por ETA.» Posteriormente, referente a los acontecimientos de 23-F, los documentos señalan, a título de ejemplo, las calificaciones que le merecen las actitudes de los golpistas en la Brigada Acorazada, a los que se considera como «verdaderos patriotas y hombres de honor». Señalan posteriormente los altos grados de disciplina en el seno de las unidades, durante las órdenes y contraórdenes recibidas el 23-F y de estas contraórdenes dicen que fueron recibidas de tal forma que «supuso un alivio para todos».

«Aunque la mayoría -añade la nota referida al Regimiento Alcázar de Toledo- disiente del procedimiento empleado y de los métodos utilizados, que se consideran fuera de lugar, en el contexto actual y como acto totalmente irreflexivo, se considera que tal vez hayan actuado pensando que era la única forma que tenían de lograr que se llegasen a escuchar sentimientos y opiniones que incontables veces se han manifestado a la superioridad sin que, al parecer, se les haya hecho el menor caso, ni se les haya tenido en cuenta.» Estos motivos «están en la mente de

todos». Y son, a juicio de los documentos, «la pasividad de las autoridades ante hechos como las permanentes acciones terroristas, los asesinatos y secuestros, los sucesos vergonzosos ocurridos en la visita de SS.MM. a Vascongadas... y una serie de constantes vejaciones de autoridad que han conducido a la situación actual y que es urgente resolver...»

1. Cuando San Martín fue arrestado, algunos oficiales de la DAC informaron de la existencia de una lista de oficiales «demócratas» de la DAC a ser «depurados».

* José Luis Gutiérrez, que vivió la intentona golpista del 23 de Febrero de 1981 en el interior del Congreso de los Diputados y, posteriormente, sería el cronista de Diario 16- periódico del que era entonces Director Adjunto- durante tres meses de 1982 del juicio contra los encausados en la asonada, formó parte del Colectivo Democracia, unido urgentemente para escribir este libro pocas semanas después de la intentona de Febrero de Miláns, Armada, Tejero y el resto de los implicados. Tanto la crónica desde el interior del Congreso como el seguimiento del juicio han sido ampliamente recogidos en el resumen del libro “Veinte años no es nada”.